



#### CAPÍTULO IV.

---

CONTINÚA LA HISTORIA DE JOSÉ MARÍA  
GÓMEZ.

**B**IEN pronto adquirió Gómez la costumbre de ser pródigo, y su modo de vivir le proporcionaba las ocasiones de desperdiciar y derrochar cuanto adquiría; de manera que cuando á Gómez le faltaba algo, sentía en su interior una impaciencia que no podía dominar y se encontraba entonces capaz de todo, por tal de ver satisfechos sus menores caprichos.

Su buen amigo, á quien conocían todos por el sobrenombre de *El pájaro*, era quien le ponía las ocasiones y quien lo adiestró en su ejercicio.

Estando un domingo el Gómez y el Pájaro en la plaza del pueblo de San Pablo Apetatitla, de tránsito para sus correrías, vió Gómez una mujer.

Por la primera vez sintió Gómez todo el poder de la pasión; por la primera vez tembló de amor.

Aquella mujer era hermosísima.

Era la mujer más bella del pueblo.

Gómez, desde el momento en que la vió no tuvo ojos más que para aquella mujer: averiguó su nombre y sus circunstancias.

Se llamaba Salomé, era casada con el dueño de una hacienda inmediata; no había tenido sucesión y era víctima de un marido celoso.

Gómez era á la sazón un mozo presentable, era gran ginete, y su color bronceado y sus maneras no carecían de atractivo para la mujer que fuera capaz, como lo son

muchas, de hacer de un *charrito* el bello ideal de sus ensueños.

Sin duda hubo de brillar algo en la profunda mirada de Gómez, supuesto que Salomé al verlo se estremeció, y algo como el aviso secreto de un destino futuro, hizo palpar simultáneamente aquellos dos corazones acobardados uno delante del otro.

La forma de este amor era ésta: el terror.

Salomé tuvo miedo al ver á Gómez.

Gómez tembló al ver á Salomé.

A la vez que el amor, los celos entraron al corazón de Gómez, como para que no faltaran ni el fuego ni el combustible al mismo tiempo.

Salomé entraba á la sazón á la parroquia.

Gómez entró tras de Salomé y se arrodilló junto á ella, y sin pensarlo, sin vacilar un momento, sacó del forro de su sombrero aquella carta que daba tan buena idea de Gómez.

Sin hablar se la entregó á Salomé.

Esta vacilaba, pero Gómez pronunció

esta palabra que salió, la primera, del fondo de todo lo que estaba sintiendo:

—Tómela usted.

Orden, amenaza y súplica al mismo tiempo, tenía aquella palabra tal prestigio, que Salomé obedeció; pero una vez con aquel papel en sus manos no supo que hacer con él.

La sobrecogió la idea de que su marido la viese, y pensando mil cosas á un tiempo creyó de repente haber encontrado una favorable solución.

La misa tardaría en celebrarse.

Salomé se levantó y se dirigió á una puertecita lateral que comunicaba con el panteón de la parroquia.

Salomé solía visitar allí un sepulcro.

El panteón estaba completamente solo.

Salomé atravesó aquel recinto, doblando con su falda la espesa yerba que lo cubría, y haciendo volar numerosas bandadas de pajarillos que se sombreaban entre las malezas.

Gómez observaba á Salomé oculto tras de un pilar.

Al fin llegó Salomé al extremo opuesto y sin volver atrás el rostro, se arrodilló, desdobló la carta y leyó.

No era una declaración de amor si nó un certificado; aquel joven se llamaba Gómez y era mayordomo de una hacienda; tenía tierras y yuntas, era honrado y leal; había sido llorado en su separación.

—Ha querido que sepa yo quién es, pensó Salomé, creo que este es un joven audaz que va á comprometerme; ¿si habré hecho mal en leer esta carta?... He cometido una imprudencia. Si aún está ese joven en la iglesia, se la devolveré, y no volveré á fijarle la vista.

El sonido de una campana hizo estremecer á Salomé, y se levantó.

En seguida dió un grito.

Estaba frente á Gómez.

—No se espante usted conmigo, señorita, porque... me ha bastado verla para que de hoy en adelante sepa usted que cuenta conmigo, con José María Gómez, que está prendado de usted. Ya sé que es usted

casada, pero esono importa; ó mejor dicho, si importa, porque sé que ese señor la molesta y es injusto con usted; pero mientras yo viva ¡por Dios que no le ha de tocar un pelo!

—Pero.... murmuró Salomé, deseando interrumpir á Gómez, yo no le conozco á usted, y....

—Haga usted de cuenta que nos conocemos hace mucho tiempo, porque lo que es yo, la quiero á usted como si hiciera años que la conozco, y la verdad, creo que usted....

—Van á sorprendernos... y ¿qué dirán los que nos vean aquí?...

—No tenga usted cuidado, que para eso cerré la puerta del panteón, y no nos oyen más que los muertos.

.....  
Más tarde sabrá el lector de qué manera lo que pasó aquella mañana en el panteón, lo supieron también algunos vivos.

Seis años después de este acontecimiento, pedía alojamiento, en la posada del mismo pueblo, una compañía de maromeros.

Venía el payaso en una mula, rendido de cansancio y rojo como una remolacha; lo seguían el director, que era todo un atleta, dos hermanos suyos, jóvenes de veinte á veintidos años, dos mujeres y una niña.

Cada una de estas personas venía cabalgando en uno de los caballos del circo, y además traían una carreta de dos ruedas en que venían los equipajes, las cuerdas y los aparatos de la maroma.

Esta carreta era conducida por un carro y el mozo de caballeriza.

Toda la caravana se alojó en el mesón. Como no se había cuidado de quitar á los caballos los arneses propios del circo, bastaba á los transeuntes ver con el rabo del ojo un freno con borlas ó un mantillón con fleco de oro, para comprender que se trataba de una compañía de cirqueros.

A eso de las seis de la tarde conversaban, sentados en una de las banquetas del zaguán del mesón, el director y el payaso.

—¿Sabes compadre, que hay aquí muchos muchachos? le dijo el director al payaso.

—Ya lo había notado, le contestó éste: y he notado más.

—¿Qué?

—Ya sabes que tengo buen ojo.

—¿Has visto algo?

—Ven acá.

Y el payaso obligó al director á pararse en la puerta del mesón.

—No está, dijo el payaso después de haber buscado con la vista algo entre los muchos curiosos, que en la acera de enfrente y cerca de la puerta, no habían cesado de hacer su cuarto de observación desde la llegada de la compañía.

—¿Ya lo perdiste?

—Ahora no está aquí, pero ya me fijé.

—Bueno; avísame cuando lo veas, y ya obraremos de acuerdo.

Los dos compadres volvieron á sentarse en la banqueta del zaguán, y se pusieron á fumar.

—Es una diablura, dijo el director, que los aprendices tengan padres: estoy resuelto á no enseñar el oficio este más que á los huérfanos.

—Por supuesto; y si tienen madre es peor, porque empieza con melindres, y á su juicio no hay paso en que sus hijos no estén á punto de matarse.

—No se puede hacer nada: acuérdate de Juan el enano y de Silvestre; ya hacían algo y podían ganar su vida cuando nos los quitaron, y á ese paso nunca lograremos tener una compañía completa.

Algunos muchachos se habían acercado poco á poco, escurriéndose contra la pared para ver de cerca á los cirqueros.

—Mira, le dijo el payaso á su compadre, ¿ves á ese de la blusita amarilla?

—Sí; pero es muy chico.

—¡Mira qué piernas!

—Sí, es ancho y parece sano. ¿Y sabes algo?

—No había querido indagar hasta que tú lo vieras.

—Pues infórmate.

El payaso sacó una moneda de la bolsa, se la puso en un ojo á guisa de lente y dirigió la vista al grupo de muchachos.

Estos se fijaron en el payaso, celebrando la gracia y codiciando la moneda.

El payaso arrojó por alto la moneda y los muchachos se precipitaron sobre ella.

—¿Quién la cogió? preguntó el payaso con una risa grotesca, que infundió confianza á los muchachos.

—Este, dijo uno señalando al más grande.

—Vete, le dijo el payaso al beneficiado, tú no entras en la otra.

Se retiró el payaso á su lugar y volvió á arrojar otra moneda, y repitió esta operación acompañándola de más ó menos chuscadas á propósito para entretener á los muchachos.

Todos habían cogido ya su moneda, menos el de la blusa amarilla.

—Ven acá, le dijo el payaso, toma; y le alargó una moneda de plata. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gabriel.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre ni madre.

El payaso y su compadre se vieron.

—Toma, le dijo el payaso, mañana vienes á la función.

Y le dió al muchacho un boleto.

A la tercera función, Gabriel era amigo íntimo de toda la compañía, y cuantas veces podía se escapaba de su casa para mezclarse con los cirqueros, ver los ensayos y los preparativos de las funciones.

Al cabo de algunos días empezó á escasear la concurrencia, y la compañía levantó el campo y emprendió su marcha hacia el pueblo vecino.

Serían las ocho de la noche del día de la partida de la compañía, y Salomé estaba sentada en un taburete cerca de la ventana que daba vista á la calle.

A los piés de Salomé estaba su criada de confianza; la luna bañaba con luz purísima la falda del vestido de Salomé.

—¿Qué se cuenta en el pueblo, Gertrudis? dijo Salomé.

—¡Qué, niña! no te cuente; que estoy de caerme muerta!

—¿Pues qué sucede?

- Que el pobre de Gabriel no parece.  
—¿Quién es Gabriel?  
—Un muchacho, el huérfano del herrador.  
—¿Conque no parece?  
—Ni su luz.  
—¿Y qué es lo que se cree?  
—Pues dicen que se habrá largado, y otros que quién sabe. ¿Qué dices nada más, niña de mi alma?  
—¡Pobre muchacho!  
—Sí, pobre muchacho; le tocó ser siempre desgraciado.  
—¿Pues qué más le ha sucedido?  
—Nada; que á ser cierto lo que dicen, la pobre criatura tiene pecados ajenos que purgar.  
—Cuénteme usted eso, Gertrudis.  
—Pues has de estar, mi alma, que fui esta tarde á ver á mi comadre la de la tienda, que estaba de lo más acongojada precisamente por la desaparición de Gabriel, y me contó su historia; pero ¡qué historia, niña de mis ojos!  
—A ver, cuéntemela usted.

- Pues figúrate, mi alma, que éste es un muchachito á quien tiraron.  
Salomé hizo un movimiento.  
—Mira, mi alma, dijo Gertrudis, cerraremos la ventana, porque te acaba de dar la *muerte chiquita*.  
Estremecimiento nervioso muy común en todas las gentes, y que por lo general no se determina por causa fija.  
—No: estoy bien, siga usted.  
—Pues, sí señor, y como iba diciendo, continuó la vieja, á este pobrecito lo tiraron, y yo no lo sabía, y le tocó al maestro herrador recogerlo, y hace cinco años que lo tiene.  
Salomé hizo otro movimiento.  
—¿Ya lo ves? te está haciendo daño el frío.  
—Siga usted, Gertrudis, dijo Salomé con cierta impaciencia.  
—El maestro herrero, que es tan bueno, adoptó al muchachito, lo bautizó, le buscó *chichihua* y cuando creció lo puso en la escuela, y ya lo quería como si fuera su

hijo, cuando ¡cátate, niña! que esta tarde se volvió reloj la criatura. Ya te puedes figurar todo lo que se habrá hecho por encontrarlo y todo el habladero del pueblo con este motivo; y para que conozcas á las gentes te diré: antes, ni quien hablara de Gabriel, y ahora que le sucedió algo malo, se empeñan todos en hacer creer que todo lo sabían; es buena que se atreven á decir las gentes que Gabriel es hijo de los muertos!

—¡De los muertos! repitió maquinalmente Salomé.

—Dicen que en el panteón fué donde la madre del niño conoció al autor de sus días.

—Cuénteme usted eso, Gertrudis, me interesa la historia de ese pobre muchacho.

—Dicen, y de ello no salgo garante, que el pobre niño apenas nació, según le he dicho á usted, fué puesto en las cuatro esquinas.

—¿Y qué edad tendrá?

—Como de cinco á seis años.

—¿Y no sabe usted más acerca de él?

—¡Qué se ha de saber sinó que se ha perdido!

Salomé no hizo más preguntas, y Gertrudis no tardó en roncar á los piés de su ama.

